

BOLIVAR EN RUSIA

Escribe: HERNANDO MARTINEZ RUEDA

A la Biblioteca Luis-Angel Arango ha llegado una biografía de Simón Bolívar escrita por el señor Isidoro Romualdovich Labrietski con una amable dedicatoria del autor. Se trata de un folleto de 100 páginas en octavo y tiene una introducción de Pablo Neruda.

Ya el nombre del prologuista indica al lector la tendencia de la obra, que no es otra cosa sino propaganda comunista. Como el libro está escrito en ruso, la propaganda está dirigida sin duda a los lectores de la Unión Soviética y uno se pregunta con cierta alarma qué se propone el Estado Ruso al difundir obras de vulgarización sobre los países latinoamericanos, aprovechando hábilmente las obras de sus escritores y sus personajes históricos. La respuesta quizás no es muy difícil: hay que convencer a los rusos de que existe un enorme continente en las peores condiciones de atraso, de esclavitud y de explotación por las clases oligárquicas o burguesas y naturalmente por los Estados Unidos. Contribuir a libertarlo es una empresa digna del humanitarismo marxista-leninista, ya que en el Asia y en gran parte de Europa la cosa va tan adelantada.

Para justificar esta impresión mía me permito traducir a continuación algunos apartes del prólogo. Dice Neruda:

“Bolívar condenó el caudillismo feudal y nos previno contra el creciente poder de los Estados Unidos de Norteamérica. Este brillante soldado luchó por la libertad americana no sólo con su espada sino con su pluma.

La vivificadora tradición de Bolívar la continúan hoy aquellos que luchan por la nueva liberación. Porque al alcanzar la independencia nuestros países no tardarán en ser víctimas de

nuevos señores feudales, de nuevos esclavizadores extranjeros y explotadores tan crueles como los conquistadores del pasado... Por esto, yo saludo la aparición de este libro que acerca el drama de la lucha y de las esperanzas de los pueblos de América a los lectores del país soviético, tan amado y próximo a las gentes sencillas de todo el mundo”.

Casi la tercera parte del folleto está dedicada a pintar con los más sombríos colores el cuadro de la Conquista y Colonización españolas. Las tintas, claro está, han sido suministradas por los escritores anglo-sajones de la “leyenda negra” y desgraciadamente también por los pseudo-historiadores latinoamericanos. Allí de las torturas a los indios, de las florecientes culturas destruidas por los Conquistadores, de la codicia de la Iglesia, dueña de una tercera parte de las tierras coloniales.

“Los españoles no permitían cultivar en las colonias la uva, el olivo ni la morera. Esto les permitía vender a las colonias su vino, su aceite y su seda a un precio triple. No se podían producir tejidos de algodón o lana, los españoles compraban en las colonias por ínfimo precio el algodón y la lana y obligaban a la población local a comprar estos productos elaborados”.

A pesar de esto, vemos más adelante que: “En el siglo XVIII las posesiones americanas de España tenían un activo comercio de cuero, de carne salada y seca. Producían muebles, elaboraciones de hierro, calzado, talabartería, vajillas, vidrio, armas, jabón y pólvora. En la Habana, Panamá, Guayaquil y Buenos Aires construían barcos. En el Perú y México, al final del siglo XVIII aparecieron los primeros talleres de tejidos”.

Pensando en lo que nos ha costado Paz de Río y en que nuestros navíos tenemos que encargarlos a Suecia, el cuadro es más bien ventajoso comparado con nuestra industria actual. Las fábricas, según Humboldt, citado por el autor, aunque sin precisar la indicación bibliográfica, eran servidas por gentes “...semidesnudas, que de cualquier manera cubrían con lamentables harapos su desnudez, flacas y pálidas. Cada empresa recuerda una prisión; puertas dobles, siempre cerradas, a los obreros no se les permite salir al aire libre; los casados sólo pueden ver a sus familias los domingos...”.

Como Humboldt no estuvo en Siberia por aquella época, ni alcanzó a ver los campamentos de trabajo forzado de la Unión

Soviética, debemos creerle que estos horrores los observó en la América Española, aunque no sabemos exactamente dónde.

Sea lo que fuere, entra luego el señor Labrietski a describir con sincero entusiasmo y relativa objetividad, la epopeya libertadora. Parece bastante enterado de los principales hechos de la vida del héroe y aún de muchos detalles, aunque sin hacer tampoco las referencias bibliográficas. A este capítulo no se le pueden hacer grandes reparos, ni se le puede exigir al ruso más imparcialidad que a nuestros historiadores propios, cuando narran la guerra de Independencia como una lucha entre "buenos y malos".

Llega el capítulo de los últimos días del Libertador. Aquí se descubren con bastante veracidad las dificultades que atormentaban a Bolívar, sus sueños grandiosos, su desilusión.

El autor acoge las tesis de los anti-santanderistas y le pinta envidioso, ambicioso y falso. Curiosamente coincide aquí con nuestra extrema derecha. La conspiración de septiembre está narrada en pocas líneas y se dice que la muerte de Bolívar fue preparada en las logias masónicas.

El descrédito final de Bolívar, la anarquía, el descontento del ejército, la oposición liberal, son mencionados y es citada la frase con que terminaba el mensaje del Libertador-Presidente al Congreso. "Para vergüenza mía debo confesar que la independencia es el único bien que conseguimos a costa de todos los otros bienes".

El biógrafo no deja de analizar las causas del fracaso de Bolívar: "Bajo su dirección la mayor parte de Sur América obtuvo la independencia y en las antiguas colonias españolas se estableció una constitución republicana, se separó la Iglesia del Estado, se abolió la esclavitud y se proclamaron las libertades democráticas. Pero muchas de estas conquistas, fueron sólo proclamadas y no tuvieron vida. Las propiedades de los colonizadores en realidad no fueron repartidas, sino pasaron a manos de hábiles negociantes y especuladores. Los soldados no recibieron las tierras ofrecidas, sus "Certificados agrarios" fueron comprados por astutos traficantes... Bolívar poco a poco se alejó de las masas populares, se acercó a los conservadores y sufrió su primera auténtica derrota: perdió la confianza de las masas".

Al señor Labrietski sinembargo, le parece que el resultado al fin no fue tan malo porque tras de la expulsión de los colonizadores se suprimieron los monopolios comerciales y las poderosas prohibiciones y limitaciones que impedían el desarrollo de las relaciones capitalistas en Hispano-América. Es decir, opino yo, se cumplió una revolución burguesa y al fin y al cabo a Bolívar no se le podía pedir más ya que él mismo era burgués y no había leído "El Capital". Afortunadamente, según el autor, las masas nacionales continúan la gran lucha, animadas por el ejemplo de Bolívar, contra los nuevos colonizadores que atentan contra su independencia. Cualquier semejanza con los EE. UU. es completamente coincidencial.

Para terminar, me parece que el folleto, dentro de su estilo propagandístico, está hecho con dignidad y seriedad. Donde cae un poco en el ridículo es al describir la muerte de Bolívar. El que se hubiera confesado, es desechado por el autor como un rumor sin fundamento propalado por el clero. Al morir, Bolívar no pensaba en Dios (con minúscula en el texto) sino en Fanny de Villars y su mano debilitada acariciaba, saben ustedes que? —pues el tomo del "Contrato Social de Rousseau.

El Libertador moribundo, tuberculoso, atormentado por la tos, los mosquitos y el calor de Santa Marta, consolándose del destierro, de la ingratitud y de haber arado en el mar, con el contacto del insoportable libro del escritor suizo es una imagen que hace sonreír a un burgués, aunque arranque lágrimas a un marxista.

No es tal vez vez imposible que se concilien las tesis económicas y aun políticas de Oriente y Occidente, pero nunca más comprenderemos al apreciar el sentido del humor.